

## La fe bendice al pueblo de la promesa

### La fe de Jacob

Hebreos 11:20-22

#### Introducción:

Nos encontramos en la sección de los versos 20 al 22 del capítulo 11 de Hebreos. En esta parte, - la última que menciona a los patriarcas como ejemplos de fe perseverante, - nuestro autor sagrado resalta cómo la verdadera fe se mantiene incólume hasta el final, es decir, hasta el momento de partir de esta tierra de la peregrinación, de manera que ella cobra fuerza en medio de la debilidad de la carne, y no solo confía en Dios para su salvación, sino que propende por influenciar a los hijos en búsqueda de garantizar una herencia espiritual perdurable para sus descendientes.

Ya hemos visto la fortaleza de la fe de Isaac quien bendijo a sus dos hijos: Jacob y Esaú, otorgando la mejor herencia a Jacob, quien había sido escogido para la gracia electiva de Dios para ser el heredero de la promesa dada a Abraham y a los que son de la línea de la fe. En el verso 21, el autor de la carta, menciona a Jacob, el heredero de la promesa, bendiciendo a su descendencia, de la cual surgiría el numeroso pueblo escogido que heredaría la tierra de Canaán y a través de quien vendría la simiente prometida, es decir, Cristo, base de toda verdadera bendición para las familias de la tierra.

**v. 21 “Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón”**

Como ya hemos dicho en los estudios anteriores de este precioso capítulo de la carta a los Hebreos, la fe de la cual habla nuestro autor es aquella que se aferra a las promesas eternas de salvación y, siendo que proviene del cielo como un maravilloso don que le es dado a muchos hombres y mujeres, entonces ella es férrea y permanece hasta el fin.

De todos los personajes y patriarcas mencionados en el capítulo 11, se puede decir que murieron en la fe. Supieron lo que es vivir y morir mirando a Cristo. Jacob no es la excepción. Él fue amado y escogido por Dios para recibir el don de la fe y, con ella, la promesa de la herencia eterna, no por algo bueno que hubiese hecho él, sino por la perfecta y soberana voluntad del que llama a los hombres: “Pues, no habían aún nacido, ni habían

*hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras, sino por el que llama; se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, más a Esaú aborrecí” (Rom. 9:11-13).* Esta fe no solo se manifestó en los primeros años de su juventud, sino que ella se fue fortaleciendo a través de las pruebas, hasta llegar a su robustez y máxima expresión en los momentos finales de su vida.

Es cierto que Jacob tuvo momentos de debilidad, y no en toda circunstancia actuó conforme a los principios de la Palabra de Dios. No obstante, esta fe preciosa que le fue dada del cielo, permaneció en Él, pues, los dones de Dios son irrevocables (Rom. 11:29). Por lo tanto, habiendo vivido una vida de fe, entonces puede morir por la fe.

Las pruebas de la fe fueron duras. En primera instancia tuvo que abandonar la tierra que le había sido prometida a su abuelo Abraham y a su padre Isaac, y a él mismo (Gén. 28:3-4). Debido al rencor que se despertó en su hermano Esaú, este decidió matarle cuando sus padres hubiesen muerto (Gén. 27:41). Por lo tanto, atendiendo las instrucciones de su madre, decidió partir a Harán, a casa de su tío Labán (Gén. 27:42-45). Aunque Jacob había mostrado ciertos rasgos pecaminosos al engañar a su padre haciéndose pasar por su hermano mayor, no obstante, la gracia de Dios estaba obrando en él. Este hombre estaba creciendo en santificación, y no se quedó anquilosado en una vida de miseria espiritual.

Su fe se dejó ver de manera clara cuando su padre le ordena que no tome mujer de entre las hijas de Canaán, como había hecho su hermano Esaú, sino que le pide ir a tierra de sus parientes para encontrar entre ellos a la esposa que Dios quería. Jacob obedeció en todo las instrucciones de su padre, y mostró con esto que él tenía la fe perseverante que había caracterizado a sus padres (Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac), la cual se complace en obedecer los principios divinos. (Gen. 28:1-5).

Pero un momento histórico que marcaría y cambiaría su vida para siempre, fue el encuentro con Dios en Bet-el. La narración de este encuentro se halla en Génesis 28:10-22. En una noche estrellada, como suelen ser las noches en esa parte del mundo, en medio del desierto, Jacob, vencido por el cansancio cae en un profundo sueño, en el cual se le aparece el Dios de sus padres, y al igual que Abraham e Isaac, el pacto es afirmado para con él, y Dios le

promete la bendición de la tierra de Canaán en herencia para sus hijos, pero por sobre todo, le asegura que todas las familias de la tierra serán benditas en su simiente, es decir, en Cristo.

El Dios de la gloria que se le había aparecido a su abuelo Abraham (Hch. 7:2), es el mismo que se muestra a Jacob en el sueño. Y nuevamente se le vuelve a aparecer, luego de haber trabajado catorce años para su tío Labán como dote por recibir a sus dos hijas, Raquel y Lea, como esposas. (Gén. 32:22-32).

En este encuentro el Dios de la gloria se le aparece de noche cuando Jacob va de camino a la tierra prometida, a la tierra de la peregrinación, y en esta ocasión no se le presenta a través de un sueño, sino en forma de varón. Jacob había conocido la gloria del Dios de sus padres, y estaba resueltamente decidido, como siempre lo está la verdadera fe, a recibir la mejor bendición, la cual procede del Soberano Salvador. La fe aprovecha al máximo los momentos gloriosos en los cuales de manera especial somos sensibles a la presencia de Dios. La fe no solo se deleita en estos momentos, sino que desea sacar el máximo beneficio para el alma. El mejor lugar para un creyente, es el lugar donde percibimos de manera nítida la gloria de Dios.

Jacob no dejó al Señor hasta que le diera la bendición. Jacob iba camino a la tierra prometida, y necesitaba que se diese una transformación total en su vida, en su carácter, en sus emociones, en su voluntad. Su vida anterior había estado invadida de inclinaciones pecaminosas, y para entrar a la tierra de la herencia él sabía que necesitaba sufrir un cambio radical. De manera que este es el mejor momento, estando con el Dios de la gracia, para recibir ese cambio.

Es así que el Señor es vencido por la fe persistente de Jacob, o más bien, Dios se deja vencer, no en el sentido de que los hombres le puedan manipular, sino en el sentido de que Dios otorga su libre y soberana gracia a los hombres que él ha escogido para ello, y en cierto sentido, es como si Dios mismo se dejara vencer por la fe de su pueblo que anhela, no los bienes de este mundo, sino las glorias eternas. La mayor complacencia de Dios se encuentra en sus hijos cuando estos anhelan lo que Dios anhela. La fe de Jacob (que no era de él, sino un don de Dios) persistió hasta que recibió la bendición, lo cual produjo en él un

cambio radical, al punto que recibió un nombre nuevo: Israel, indicando esto que ahora sería un hombre conforme al corazón de Dios.

La fe de Jacob es probada nuevamente cuando, estando a las puertas de la tierra de la herencia prometida, se entera de que su hermano Esaú viene a recibirlo acompañado de cuatrocientos hombres, lo cual presupone para Jacob que el rencor todavía está presente en el corazón de su hermano mayor y con seguridad querrá matarlo junto con toda su familia. Pero el Señor bendice a Israel y preserva su vida de mano de Esaú. (Gén. 33).

La vida de Jacob nos muestra que la gracia de Dios es mayor cuanto mayor sea la debilidad del creyente. En Jacob vemos un claro ejemplo de cómo la gracia sobreabunda donde abunda el pecado (Rom. 5:20). Jacob tenía serios problemas en su personalidad, era un engañador y quería conseguir sus objetivos a través de medios no muy ajustados a la voluntad preceptiva de Dios. No obstante, siendo él un salvo, Dios le concede mayor gracia para que pueda luchar en contra de estas tendencias pecaminosas y así logre terminar bien su carrera.

No en una o dos ocasiones se le apareció el Dios de la gloria, sino que en distintas oportunidades el Señor derrama su gracia sobre este débil hombre. En Génesis 35, nuevamente el Dios de la gloria se le aparece a Jacob y lo bendice, ratificando el cambio de nombre de Jacob (*mano en el talón o suplantador*) a Israel (*el que lucha con Dios*), y recordándole las promesas que había hecho a sus padres, de convertirlos en una gran nación.

La fe de Jacob fue probada en muchas ocasiones: cuando sus hijos le reportan que el amado de su corazón, José (Gén. 37:3), el primogénito de Raquel (Gén. 30:22-24), la hija menor de Labán a la cual había amado con todo su corazón (Gén. 29:18), había sido despedazado por una fiera del campo (Gén. 37:33), o cuando Jacob, con toda su familia, debe abandonar la tierra de la promesa debido a una hambruna mortal que se extendió por todo el oriente, y solo en Egipto había abundancia de trigo y alimentos (Gén. 41:54; 46:29).

Ahora ha llegado el final de su historia en esta tierra, y el anciano Jacob está preparado para partir hacia la eternidad, pero no lo hará hasta que se haya asegurado de impartir la bendición sobre sus descendientes. Pues, la mejor herencia que un padre puede dejar a sus

hijos es el evangelio, es el conocimiento del verdadero Dios. Abraham había entendido esto y por eso Dios dijo de él *“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”* (Gén. 18:19). Moisés ordenó a los padres creyentes de Israel: *“Y estas palabras que yo te mando hoy estarán sobre tu corazón, y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”* (Deut. 6:6-7). Los hijos no heredan la salvación, pues, esta es personal, no obstante, los hijos de padres creyentes cuentan con una bendición especial ya que, si los padres son fieles a los principios bíblicos, los criarán en *“disciplina y amonestación del Señor”* (Ef. 6:4).

Las oraciones de los padres creyentes y su constante instrucción serán instrumentos especiales del Espíritu Santo para traerlos a la fe, en ese sentido, los padres creyentes debemos trabajar diligentemente en nuestra responsabilidad, confiados en que el Señor hará su obra en ellos, pues, *“para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”* (Hch. 2:39). Un padre creyente orará al Señor para que en su misericordia llame a sus hijos poderosamente por el evangelio.

En el capítulo 49 de Génesis hallamos la profecía benedicta de Jacob sobre todos sus hijos. Aunque éste suceso también evidencia la fe de Jacob al proclamar que sus hijos y descendientes serán herederos de la tierra de Canaán y llegarán a convertirse en un reino poderoso, no obstante, el autor de Hebreos no hace referencia a este hecho póstumo de la fe perseverante de Jacob, sino que menciona la bendición otorgada a los dos hijos de José.

Jacob tuvo doce hijos varones de sus dos esposas, Raquel y Lea, y de sus concubinas (Gen. 29 y 30). A pesar de que Jacob mostró más afecto hacia Raquel, al principio no pudo tener hijos con ella, hasta que, clamando ella a Dios, se le concedió tener dos hijos: José y Benjamín, los menores de la casa de Jacob (Gén. 30:1-2, 22-24; 35:16-18).

El hijo primogénito de Jacob era Rubén (Gén. 29:31-32), el cual tuvo con su esposa Lea. Pero a pesar de esto, la mayor bendición de Jacob no fue para Rubén sino para José, el primogénito de la amada, es decir, de Raquel, pues, Lea se convirtió en esposa de Jacob

debido a las tretas y engaños de Labán (Gén. 29:21-26). Esto no significa que Jacob no amara a Lea, pero su corazón estaba apegado de manera especial a Raquel (Gén. 29:17-18). En Génesis 48:1-22 encontramos la bendición que Dios da sobre uno de sus hijos menores, es decir, José. A él le dio la parte del primogénito y le proveyó, a través de la fe, la porción más grande: *“Y dijo Israel a José: He aquí yo muero; pero Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres. Y yo te he dado a ti una parte más que a tus hermanos, la cual tomé yo de mano del amorreo con mi espada y con mi arco”* (Gén. 48:21-22). Ahora, la bendición no se dio directamente sobre José, sino sobre sus dos hijos, Efraín y Manasés, los cuales se convertirían en dos tribus, ya que ellos, aunque eran nietos de Jacob, él los reclamó para sí como hijos propios: *“Y ahora tus dos hijos Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto, antes que viniese a ti a la tierra de Egipto, míos son; como Rubén y Simeón serán míos. Y los que después de ellos has engendrado serán tuyos.”* (Gén. 48:5-6).

La promesa que Dios le había hecho a Abraham, a Isaac y a Jacob, es recordada por el moribundo patriarca a su hijo José, en señal de que Jacob, aunque tuvo que escapar de la hambruna en la tierra prometida y acudir a la provisión en un país pagano, no obstante, su fe no desmayó en ningún momento, sino que se mantuvo mirando, a través de los ojos de la misma, al Dios que hizo la promesa, el cual es poderoso para llevarla a cabo, aunque las circunstancias parecían contradecir la expectación.

Abraham no pudo poseer la tierra prometida, Isaac tampoco, ahora Jacob muere en tierra extranjera con toda la descendencia a la cual se le prometió la tierra de Canaán. Mientras tanto, los que no recibieron la promesa, los réprobos que no pertenecían al pueblo de Dios, es decir, Ismael y Esaú, junto con todos los habitantes paganos de Canaán, continuaban disfrutando la tierra prometida como si fuera de su posesión. Esto debió ser otra prueba para la fe, pues, los santos de todos los tiempos se han preguntado por qué muchos impíos viven como si ellos disfrutaran de las bendiciones de Dios, mientras que los santos, los justos, los herederos de la promesa, tienen que huir a otro país, o andar toda su vida como errantes peregrinos.

Creo que los Patriarcas en algún momento de su vida, especialmente en los tiempos difíciles, pudieron identificarse con el salmista cuando exclamó: *“En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres. Logran con creces los antojos del corazón. Ponen su boca contra el cielo, y su lengua pasea la tierra”* (Sal. 73:2-9). Pero a pesar de que los hijos de Ismael y Esaú poblaron y disfrutaron la tierra de Canaán por varios siglos, las bendiciones eternas no eran para ellos, sino para los hijos de la promesa, los elegidos por gracia. Los impíos podrán disfrutar en esta vida de muchos privilegios, y la providencia podrá ser más abundante para con ellos que para con muchos creyentes, pero esto será solo un disfrute temporal de cosas que perecen, más los hijos de la promesa heredarán y disfrutarán para siempre de las glorias que no se corrompen ni se acaban.

Jacob, al final de sus días, comprendió que no es necesario acudir a artilugios para recibir la herencia prometida, sino que esta se recibe solo por la fe.

Es así que pronuncia su bendición final sobre los dos hijos de José, repartiendo entre ellos, y el resto de sus hijos, la tierra de Canaán, la cual aún no estaban habitando, sino que sería necesario que transcurrieran varios siglos para que ellos la poseyeran realmente. Pero la fe no se basa en lo que los ojos físicos ven, sino en la convicción y certeza de lo que se espera. Él actuó como rey de la tierra, solo porque creía en la Palabra de Dios.

Los creyentes hebreos a los cuales se les escribe esta carta estaban considerando abandonar el cristianismo porque no estaban viendo el cumplimiento de las promesas, sino que, por el contrario, estaban sufriendo a causa de su fe en Cristo y eran despreciados por todos, pero el autor de la carta, inspirado por el Espíritu Santo, quiere mostrarles a través de los ejemplos de fe de los patriarcas que ellos no actuaron no así, “ellos tenían una visión que trascendía sus propias fortunas y su propia generación. Se veían a sí mismos como partes de un gran plan, eslabones de una larga cadena de la historia divina. Su fe no estaba perturbada por la falta de cumplimiento en sus días”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Taylor, Richard y otros. Comentario Bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Casa Nazarena de publicaciones. Página 149



Es interesante notar que Jacob, así como había hecho Abraham e Isaac, no bendice con mayor bendición al mayor de los hijos de José, sino al menor. Nuevamente aquí vemos cómo la gracia de Dios actúa más poderosamente en aquellos que considerando su debilidad, flaqueza e inhabilidad, dependen en todo de las fuerzas del Señor.

El mayor de los hijos de José era Manasés, y siguiendo la costumbre de la época, José puso a su primogénito al lado del brazo derecho de Jacob, y a Efraín, el menor, a la izquierda. No obstante, Jacob cruzó adrede sus brazos y puso la mano derecha sobre el menor. Siendo que Jacob estaba casi ciego (Gén. 48:10), José pensó que él se había equivocado y le pidió a su padre que cambiara de posición sus manos y pusiera la derecha sobre Manasés, a lo cual el anciano patriarca respondió: *“Lo sé, hijo mío, lo sé; también él vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones”* (Gén. 48:19).

Efectivamente Efraín, el hijo menor de José, llegó a ser una de las tribus más grandes e importantes de Israel, a tal punto, que en las Sagradas Escrituras, en muchas ocasiones, las 10 tribus del norte son llamadas con el nombre de Efraín, lo cual significa que las otras 9 tribus vivieron bajo su sombra. (

El autor de la carta a los Hebreos, en el verso 21, también muestra como ejemplo de la fe perseverante de Jacob el hecho de que él *“adoró apoyado sobre el extremo de su bordón”*<sup>2</sup>. Esta escena de Jacob adorando al Señor se encuentra en Génesis 47:31. Jacob había conocido al Dios de la gloria, y como tal, aún en la hora de muerte, en medio de los dolores y achaques del cuerpo, no encontró excusa para no inclinar su rostro delante de la presencia de Dios y darle gracias por haberlo preservado durante toda su vida y haberle concedido dar

---

<sup>2</sup> Hay una diferencia entre el texto masorético y la versión griega (septuaginta) de Génesis 47:31. Pues, en la versión hebrea se lee que “Jacob se apoyó sobre la cabecera de su cama”, mientras que la versión griega dice: *“adoró apoyado sobre el extremo de su bastón”*. Esta se diferencia se debe a que las mismas consonantes hebreas que se usan para cama son las mismas de bastón. Siendo que en el idioma hebreo no se acostumbraba a escribir las vocales, entonces, cuando una persona leía esta palabra que podía tener doble significado dependiendo de la pronunciación que se le diera, los traductores griegos en vez de leer *mittáh* (cama), leyeron *matteh* (bastón). A pesar de esta diferencia no hay ningún problema serio en esto, pues, siendo Jacob un anciano patriarca, de seguro tenía su bastón, y no sería extraño pensar que para inclinarse a adorar lo hiciera apoyando un brazo en la cabecera de la cama y otro en su bastón de mando y autoridad.



la bendición sobre sus descendientes: *“El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día, el Ángel que me liberta de todo mal”* (Gén. 48:15-16).

### **Aplicaciones:**

- Amados hermanos, cuán maravillosos son los planes del Señor. Él no siempre escoge a los grandes y poderosos para hacer sus más exaltadas e impactantes obras, sino que se deleita en usar a los débiles y a aquellos que no parecen tener ningún don o talento. La tribu más grande de Israel surgió del hijo menor de José, no del mayor. De la misma manera, los frutos más abundantes para el reino no son entregados a los que se ufanan de su sabiduría, grandeza, dones o talentos, sino a aquellos que no se atreven ni siquiera a que se les llame “siervos del Señor” porque consideran que su servicio es tan imperfecto y defectuoso que para ellos el privilegio más grande es que un día el Señor los pueda considerar “siervos inútiles”: *“Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer hicimos”* (Luc. 17:10). A estos siervos que todavía no alcanzan el grado honroso de siervos inútiles, no porque no trabajen, sino porque no se consideran dignos de trabajar para el Reino de Dios, a estos laboriosos hermanos, humildes, tal vez incógnitos, es a los cuales se les ha preparado el producir muchos frutos para el Reino de Cristo y para su gloria. Hermanos amados, tal vez muchos de nosotros no tengamos grandes nombres, ni seamos famosos, ni tengamos reconocimientos de la sociedad, tal vez seamos, como suele decir un pastor amigo, los universalmente desconocidos, pero recuerda que es a esta clase de personas a los cuales Dios ha escogido para que desarrollen el verdadero grande y magnífico trabajo en su Reino. No aspire a un gran nombre, o a la fama, o al reconocimiento personal, espera pacientemente en el Señor, y cuando fuere tiempo él te exaltará.

- Los seres humanos tenemos la perversa tendencia de olvidarnos de dónde nos sacó Dios, y somos proclives a despreciar, o considerar que Dios no hará con otros lo mismo que hizo con nosotros. José era uno de los hijos menores de Jacob y no merecía recibir una doble porción de la tierra prometida, pero a pesar de ello, Jacob le dio esa bendición, por encima

de su hermano mayor, Rubén. Pero cuando Jacob decide dar la bendición mayor a su hijo menor, José quiere corregir la situación porque él considera que no es justo dar la porción más grande al menor. ¡Qué horror! Así actuamos muchos de nosotros. Especialmente cuando estamos en el ministerio cristiano, y algún hermano humilde, tal vez con pocos estudios o talentos, aspira a, al menos, caminar lentamente en la senda de la preparación para el santo ministerio, tendemos a despreciarlos y pensar que ellos no son llamados o no tienen la habilidad para ser pastores, pero ¿Quién soy yo para decidir eso? Si algunos de nosotros estamos ahora en el ministerio, no fue por ningún talento personal, sino por la gracia de Dios que nos llamó y nos capacitó para ello. “... *para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros. Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿porqué te glorías como si no lo hubieras recibido*” (1 Cor. 4:6-7).